

de los amigos, y animados por los sabios consejos del que ha querido ser nuestro segundo padre.

Con tal magnificencia armados, nos sentimos potentes para emprender las luchas de la vida, abrimos paso entre los enmarañados caminos del mundo y llegar a la cumbre donde se hallan los colegiales que ya han ceñido sus frentes con los laureles de la ciencia y la virtud.

Muy seguros nos hallamos de que, con la poderosa ayuda de la que es Reina y Señora de estos claustros, nunca se dirá mal de este felicísimo y memorable día en que somos recibidos colegiales, porque siempre hemos de llevar la conciencia tranquila ante el deber cumplido; porque los labios siempre dirán lo que brilla en nuestras mentes y palpita en nuestros pechos; y porque estamos dispuestos a ofrendar nuestras existencias en pro de la verdad y la justicia, en defensa de la religión y de la patria.

De esta manera, cuando llegue el término de la jornada, queremos que se pueda decir de cada uno de nosotros: Peleó la buena batalla, la batalla del Señor; era colegial del Rosario y nunca manchó su escudo."

Al recuerdo inmortal

DE DON PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

I

Arabe por la estampa; castellano
 Por el temple viril y peregrino;
 Por tu cuna y tu ingenio, granadino;
 Fuiste español y, como tal, cristiano.

Con recio pulso gobernó tu mano
 —Diestra de caballero cervantino—
 La espada por la Cruz, a lo divino;
 La pluma, a lo divino y a lo humano.

Moriste... Pero no. Que aún en Castilla
 La noble estrella de tu numen brilla
 Como la luz del faro sobre el puerto.

Tus obras, testimonios inmortales,
 Dicen, a los honrados y cabales :
 ¡ Don Pedro Antonio de Alarcón no ha muerto !

II

Con torpe paso penetré en tu estancia . . .
 —De este recuerdo la emoción me abruma ;—
 Vi los muebles, los libros, la áurea pluma,
 Vi una sombra surgir con arrogancia . . .

Que aun vives en tu hogar. Aun la fragancia
 De tu exquisito ingenio lo perfuma,
 Y aun resuena tu voz entre la bruma,
 Del tiempo, de la ausencia y la distancia.

Dichoso tú, que al arribar al cielo,
 Decir pudiste, señalando al suelo :
 —Mirad, Señor, mi vida : ved mi historia ;

Y mostrarle tu hogar y tu bandera,
 Y aquí, junto a tu dulce compañera,
 Las hijas de tu sangre y de tu gloria.

RICARDO LEON

Madrid, VI—1913.

LUIS ENRIQUE FORERO

Vayan estas líneas como un aplauso fervoroso y sincero, aunque tardío en apariencia, al segundo vencedor en el concurso de poesía abierto con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico, fiesta íntima y querida en que sentimos palpitar, en un inmenso transporte de entusiasmo y amor, el corazón de Colombia.

Al descubrirse el velo del pseudónimo *Arcipreste*, el nombre de Luis E. Forero fue saludado por un aplauso unánime de simpatía y cariño, porque, no obstante su modestia, a nadie le es desconocido el temple cristiano de su espíritu. Su carrera, felizmente coronada hace pocos meses, fue la piedra de toque de su valor